

EL RUBÍ.

PERIÓDICO TRISTE-ALEGRE,

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

Este periódico se publica los días 15 y 30 de cada mes.

La redacción se halla establecida en la COMISIÓN GENERAL DE LIBRERÍA, calle de Granada, número 71.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN. En esta ciudad, **tres reales al mes** pero no se admiten suscripciones por menos de un trimestre. En las demás poblaciones, **doce reales por tres meses**, franco el porte.

No será atendida ninguna reclamación que no se haga en carta franqueada.

EL LIBRO DE ORO DE VENECIA.



El ilimitado poder que en la edad media poseía la aristocracia hereditaria en la república de Venecia, cuya consideración y esplendor solo eran debidos á los felices resultados de su *industria y comercio*, es un hecho seguramente admirable. También es difícil explicar el porque, á pesar de las preocupaciones de aquella época, esta aristocracia mercantil é industrial ha sido considerada por la nobleza feudal y guerrera de Europa como la mas ilustre y, por consiguiente, la mas ambicionada.

El origen del poder de los patricios de Venecia no se remonta, sin embargo, sino hasta el siglo XII, pues en él fué cuando la nobleza obtuvo sobre la democra-

cia veneciana la primera y tal vez la mas importante de sus victorias.

Al fundar Padua á Venecia, la sometió á la autoridad de tres cónsules, que conservaron el mando por espacio de treinta años. Hacia el de 453, cuando Atila, derrotado por Meroveo, se refugió á la aterrada Italia, algunas colonias errantes acabaron de poblar á Rialto, plaza declarada de asilo por el senado paduano, y las demás islas de las lagunas que despues han compuesto las posesiones inmediatas de la república. Enviáronse entonces á dichas islas algunos tribunos, que se erijieron reyezuelos de cada una de ellas, gobernándolas hasta 697, época en que el pueblo, cansado de su mezquina tiranía, amenazó derribar su poder. Los mismos tribunos reconocieron su incapacidad para el mando supremo: concertáronse doce de los principales, y con el consentimiento del papa y del emperador eligieron por jefe único de las lagunas á P. L. Anafesto; siendo este el primer dux que ó dux que tuvo la república, la cual reconocia aun á la sazón la soberanía de Padua. Estos duxes, que tardaron poco en ser verdaderos reyes absolutos, asociaron al poder á sus parientes y los designaron para sucesores suyos.

Sin embargo, hacia los años de 1172, la nobleza, que no gozaba fueros ni privilegios de ninguna especie, consiguió abolir la costumbre de que fuese nombrado el soberano por el sufragio jeneral de todos los ciudadanos, y estableció un gran consejo, el que quedó encargado de elegir al dux. Este consejo se componia de 240 miembros, escojidos indistintamente entre los nobles, la clase media y los artesanos. Al mismo tiempo se crearon, á fin de limitar el poder ducal, doce tribunos, los que estaban encargados de intervenir los actos del jefe del Estado, con facultad para oponerse á ellos si el bien de la patria así lo ecsijia.

Esta medida, esta tentativa de los patricios no pudo llevarse á efecto sin que ocasionara graves desór-

denes, pues el pueblo, que sentia quedarse postergado, veia con indignacion que la nobleza se creaba privilegios, y esta se vió en la alternativa, si no queria esponderse á una retroaccion casi inevitable, de renunciar á lo que habia adquirido, ó de asegurarlo por medio de un golpe de autoridad.

El gran consejo se resolvió á terminar esta crisis. Parecióle P. Gradenigho el único á quien se pudiese confiar la suerte de Venecia, y le entregó las riendas del Estado, nombrándole dux. Despues, en 1299, se presentó un proyecto de ley, en el que se proponia que se depositase todo el poder en manos de los que en aquella época ejercian la majistratura ó la habian ejercido en los cuatro años precedentes, á fin de que todos los consejeros fuesen perpetuados en esta dignidad y que sus descendientes ocupasen sus plazas despues de ellos por derecho de herencia. Este proyecto fué aprobado por el gran consejo y sancionado por el príncipe; de modo que el gobierno de Venecia empezó á ser puramente aristocrático desde entonces. El pueblo quedó definitivamente excluido del derecho de ocupar los empleos públicos y del de nombrar á los que los ocupasen, y todos los funcionarios y dignatarios fueron elejidos de entre los nobles.

El *libro de oro*, creado en esta época y destinado á empadronar todos los patricios, dió á la nobleza un nuevo carácter, pues clasificándola por categorias, fijó la consideracion que era debida á cada uno de sus miembros, le imprimió el espíritu de corporacion y formó de aquella falanje de caballeros, entre los cuales se contaron muy en breve los reyes y príncipes mas poderosos del continente, la mas compacta y ambicionada de todas las aristocracias.

El *libro de oro* dividia á la nobleza veneciana en cuatro órdenes diversos: 1.º las familias tribunicias; 2.º los nobles ó descendientes de los que formaban parte del gran consejo en 1297; 3.º los que se habian ennoble-

cido durante las guerras con los turcos y los genoveses; y 4.º los príncipes y señores extranjeros considerados como nobles venecianos. Estos cuatro órdenes se han subdividido en diversas clases.

El primer orden que, como acabamos de decir, se componia de los *nobili di case tribunicie*, descendientes de los tribunos que gobernaron las lagunas antes de la institucion de los duces, y principalmente de los doce que concurren á la eleccion de Anafesto por los años de 697. He aquí la lista de estas doce casas, llamadas *case vecchie elettorali*: los *Contarini*, los *Morosini*, los *Badoeros*, los *Michieli*, los *Sacardi*, los *Gradenighi*, los *Falieri*, los *Dandoli*, los *Mencini*, los *Tiepoli*, los *Polani*, y los *Barozzi*.

Darémos algunos detalles sobre los personajes mas célebres de estas familias.

Los *Contarini* cuentan ocho duces de su apellido.—En tiempo de Andrés Contarini, en 1379, la existencia de la república se vió amenazada por los genoveses, á quienes gobernaba Pedro Doria: el Estado carecia de fondos, los víveres faltaban, el rey Luis de Hungría sitiaba á Trevisa, la escuadra de Francisco de Carraro rodeaba la laguna, la armada del golfo se hallaba destruida, encontrándose las galeras restantes en Levante, y la ciudad de Chiozza, situada en el recinto de las lagunas, habia caído en poder de los genoveses. El dux Andrés no se intimidó sin embargo: hizo que los mercaderes armasen treinta y cuatro galeras, se dió con ellas á la vela, y el 24 de junio de 1380 regresó triunfante á Venecia, despues de haber recuperado á Chiozza y hecho prisioneros al ejército y escuadra de Génova.—Tambien ha habido un cardenal del mismo apellido, Gaspar Contarini, que fué enviado en calidad de legado á la dieta de Ratisbona, destinada por Carlos V á la reconciliacion de los protestantes y de los católicos. Encargado Contarini de tan delicada mision, la desempeñó con habilidad; mas su con-

ducta en esta ocasion fué algo ambigua. Ha estrito varias obras de importancia, aunque se resienten seguramente de la filosofía de su época.

Los *Morosini*, á quienes la república debe cuatro duces y Hungría una reina, cuentan entre ellos un historiador, llamado Andrés Morosini, que nació en 1558 y escribió la *Historia de Venecia desde 1521 á 1615*. También llevó este apellido uno de los mas célebres capitanes del siglo XVII, llamado Francisco, entre cuyos hechos gloriosos el mas digno de admiracion fué la defensa de Candia, sitiada por los turcos desde 1667 á 1669, sitio que ha sido comparado al de Troya. El gran visir Kuprolí mandaba el ejército infiel, y Morosini retardó por espacio de veintiocho meses la rendicion de la ciudad, obteniendo una honrosa capitulacion al cabo de este tiempo, cuando ya los turcos habian perdido sobre doscientos mil hombres. La nata de los caballeros de Francia é Italia acudió á servir bajo sus órdenes en aquella heroica defensa.

Los *Badoeros* descienden de los *Participaccios*.—Ánjel Participaccio organizó la resistencia que hizo Venecia á Pepino, rey de los lombardos é hijo de Carlo-Magno. Las naves de este príncipe se habian apoderado de algunas de las islas, y Ánjel las atrajo, sirviéndose de embarcaciones pequeñas, á ciertos parajes, en los que aquellas encallaron luego que bajó la marea. Nombrado dux en 806, estableció en Rialto el centro del gobierno, y reinó en paz diez y ocho años. En su reinado fué sustraído el cuerpo de san Marcos de la iglesia de Alejandria. Ánjel Participaccio puede ser considerado como uno de los fundadores de Venecia, y su casa fué por largo tiempo la mas poderosa de la república.

Los *Michieli* han dado tres duces.—Domingo Michieli tomó tanta parte en la conquista de Tiro en 1124, que Baduino II concedió á los venecianos el tercio de la soberanía de aquella ciudad.

Los *Sacrandi* ó *Candieni* son de familia tan antigua, que traen su origen de uno de los siete cónsules enviados por Padua á construir á Venecia. Á esta casa le fué conferido el *ducado del Archipiélago*, creado por Enrique, emperador de Constantinopla, á principios del siglo XIII.

Del apellido de *Gradenighi* ha tenido la república cuatro duces, contándose entre ellos el que promovió la revolucion de 1297, de la cual hemos hecho ya mencion en este artículo: demostró mucha firmeza y grande habilidad; pero fué aborrecido del pueblo.

Entre los *Falieri* se halla Marino Faliero, dux decapitado en 1355 por el delito de conspiracion contra la nobleza. Cuando pereció en el cadalso contaba setenta y siete años de edad. Los plebeyos, que no tenían olvidada la derrota que sufrieron en 1297, se habían unido á él, y el objeto de la conspiracion era degollar á todos los nobles.

Los *Dandoli*, que descienden de los antiguos romanos, cuentan en su familia cuatro duces y una hembra coronada.—Enrique Dandolo ha hecho célebre su apellido por la parte que tomó en la cruzada, durante la cual se destruyó el imperio griego de Constantinopla. Este anciano, que á la sazon tenía ochenta y cinco años, se hallaba dotado de un valor personal casi increíble y de un talento superior. El fué quien determinó á los cruzados á apoderarse de Zara, á pesar de la proteccion concedida á dicha ciudad por el rey de Hungría, y á pesar de lo que debían temer del papa, y él quien opinó el primero que debía derrocar el imperio griego. Embarcado en una galera, presidió en algun modo el asalto, y fué indudablemente el alma de la expedicion. Alirman algunos que rehusó el imperio dado á Baduino, conde de Flandes; pero en cambio quiso que Venecia disfrutase una gran parte de los despojos del imperio de Oriente: las islas del Archipiélago, varios puertos de las costas de Grecia y la mitad de Constantinopla quedaron propie-

dad de la república de San Marcos, á lo que añadió Dandolo la isla de Candía, comprada en diez mil marcos de plata. Habiendo sufrido la censura del papa por haber apartado la cruzada de su objeto principal, la conquista de Jerusalem, se dignó recibir la absolución.

Se pueden colocar en el mismo grado de las doce casas electorales, llamadas tambien los *doce apóstoles*, á cuatro familias designadas con el nombre de los *cuatro evangelistas*, á saber; los *Guistiniani*, los *Bragadini*, los *Bembi* y los *Cornari*.—Un Bembo, cardenal, se distinguió como uno de los escritores italianos que ilustraron el siglo XVI.—Catalina, última reina de Chipre, pertenecía á la familia Cornaro, y casó con Lusignan, rey de dicha isla, que murió en 1473. Los venecianos la habían honrado con el título de *hija de San Marcos* y, en consecuencia, se declararen sus herederos, por lo que, á fuer de tales y de protectores, hicieron sufrir tantos disgustos á aquella desgraciada mujer, que se decidió á abdicar la corona en ellos en 1489. Fué á acabar sus dias á Venecia, donde conservó su título de reina y una corte en miniatura.

Además de los *apóstoles* y los *evangelistas* se encuentran en la primera clase del *libro de oro* otras varias casas tribunicias, como son los *Delfini*, los *Quirini*, los *Ziani*, etc.

En nuestro número siguiente nos ocuparemos de las otras tres clases de nobles. C.

LA SEPARACION.

A MI MADRE.

¿Por qué de mí te alejas, sol divino,
y el puro y despejado azul del cielo
se cubre de la noche con el velo
que oculta hasta mañana tu camino?
Globo hermoso, de luz radiante y pura,

¿por qué te alejas cuando yo me ausento?
 La flor mañana, embalsamando el viento,
 romperá de su broche la clausura,
 y yo mañana ¡ó sol! al bendecirte,
 cuando dores de Cádiz las almenas,
 ofrecerte podré solo mis penas,
 llorando cual hoy lloro al despedirte.

¡Ay, que la noche llegó!
 ¿Por qué se ajita la mente,
 y al huir el sol luciente
 de mi patria he de partir?
 Y al ruido de las olas,
 y al oír el huracán
 tendré que calmar mi afán
 y mis penas adormir.

Y el horrisono estallido
 de los vientos que compiten,
 y que los montes repiten
 perdido en la inmensidad,
 será consuelo á mi pena;
 y al nacer el nuevo día
 ya no os veré, madre mia.....
 ¡Tan solo podré llorar!

¿Por qué esta noche en la bóveda del cielo
 ni una estrella distingo que dé luz,
 y al ausentarme de mi patrio suelo
 mas lóbrego y mas denso es su capuz?

¿Por qué la nave, que lijera aguarda
 para partir tan solo una señal,
 su rápida salida no retarda,
 montes rompiendo de límpido cristal?

Un leve esquife bajo el alto muro
 para partir espera ya una voz;
 mas al pisar su borde, mal seguro,
 deja, mi madre, que te diga ¡adios!

Adios, mi madre, sí.—Ya tus caricias
 ahora lejos de tí no gozaré,
 ni en tu seno, apurando mil delicias,
 los juegos de mi infancia soñaré.

Partió el esquife veloz,
 destruyendo mi esperanza.....
 Ya con sus remos alcanza
 la nave que va á salir;
 y al tropezar con la quilla

levemente en su costado,
 ese mar alborotado
 con violencia le hace hundir.

Pero á merced de otra ola

á los cielos se elevó,
y al hundirse me arrojó,
para volverse á elevar,
y dentro allí de la nave,
dó confusion solo habia,

en medio la noche umbria
pude á mis solas llorar.

Cerrarse siento mis párpados al sueño
y al descanso fugaz él me convida....
Cedo á su halago... sí... ¡O cuán risueño!...
Á soñar voy con vos, madre querida.

JOSE SANCHEZ ALBARRAN.

COMO ESTE HAY MUCHOS.

Estamos en un cuartito muy cuco; es decir, tan oscuro como la tal palabra y mas alto aun que lo suele estar el ave que se llama así. El interior de este cuarto está ocupado por una silla, cuyo asiento se halla formado de orillos de paño, siendo cada uno de sus palos de color y de dimensiones distintas; una cama, compuesta de un ex-colchon, una almohada rellena de papeles, y un cobertor, cuyos adornos consisten en caprichosos calados hechos por la incansable mano del tiempo, y una mesita, sobre la cual se ven varios botes de pomadas y aceites de olor, un jarro sin asa, medio lleno de agua, y el cuclo de una botella, suplente de palmatoria, en el que hay embutido un cabo de vela de sebo. El tragaluz, que le sirve de ventana, y cuyos vidros son de las fábricas de Alcoy, no permiten ver las colgaduras que adornan el aposento; pero podemos asegurar que se han tejido allí mismo por manos invisibles. Los cuadros son copia de los mas célebres pintores y trabajados *al fresco* por el dueño de la vivienda.

El que ocupa tan lujosa habitacion es don César Leon y Dandy, modelo de los almivarados elegantes. Vaga hace un mes por las calles de esta ciudad: nadie le conoce, ni se sabe de donde viene ni en que se ejercita; pero sus finos modales, su aire distinguido y cualidades físicas hacen creer que se ha mecido entre riquísimos encajes. De fijo debe pertenecer á la alta clase de la sociedad un hombre como don César.

Es la una del día y aun se halla en su magnífica cama, porque la noche anterior estuvo ocupado en un grave negocio.... el porvenir de aquel día; pero ya se despierta, se incorpora, y alargando la mano á la.... pared de cabecera, descuelga de un clavo un precioso reló-cifindro y se admira de haber dormido tanto. Tenia una cita á las doce con un amigo suyo, y hubiera sido chasco que le fuera á buscar á su casa. Habria descubierto.... Fortuna que si nadie sabe de que vive, tampoco han sabido donde habita.

Esto lo pensaba al despertarse, así como que era necesario

al momento vestirse.—Y esta palabra la usaba con mucha propiedad, porque se hallaba como Adán, en el estado de la inocencia, aunque, como esto sucedía en el mes de enero, no necesitaba mas abrigo.

Se cubrió el pecho con un camisolín de figura y tamaño igual al de los petos blancos del nuevo uniforme de los carabineros, se metió unas botas charoladas y un finísimo pantalón, se ocupó de su peinado con minuciosidad, se arregló la corbata, tomando medida á ambos lados con los dedos por falta de espejo, y, por último, con su buen alfiler, gran reló, guantes y sombrero á *la dernière* quedó convertido en el verdadero don César. Su estatura es mas que mediana, su cuerpo torneado, y llama particularmente la atención la esbeltez de su cintura, lo que sin duda conocía, y para no oscurecer esta belleza se había despojado de los inútiles lienzos interiores que jeneralmente se usan. Esto, unido á un poco de sentimentalismo, que se descubre en sus rasgados y lánguidos ojos, su bigotito y la triste sonrisa que vaga continuamente por sus labios, le granjean la simpatía de todos, y en particular de las damas, entre las que se susurra que viaja para curarse de una pasión desgraciada.—¡Y cuántas quisieran ofrecerse para específico!—Basta que un hombre sea despreciado por una, para que todas le quieran.

La cita de don César era con el objeto de jugar una partida de ecarté como *distracción á sus penas*, y para ir aquella noche á un baile. Comió don César con su amigo, *por no ir hasta su morada*; le ganó algunos doblones en el *entretenimiento*, y juntos se dirigieron á la casa en que se daba el baile.

Qué magnificencia! qué lujo! Aquello es un paraíso! El suelo y paredes están cubiertos de barras de oro y plata, que primero se convirtieron en monedas y despues se han transformado en alfombras y tapices. Vense aquí candelabros en que arde la sangre de millones de abejas, y se ve tambien el producto de algunos criminales convertido en espejos, que echan en cara á los circunstantes sus defectos. Y despues ¡cuánta bella adornada con lo mas caprichoso que puede inventar el coquetismo! Cuánta farsa! ¡cuántas contorsiones estudiadas! Nunca acabaría si hubiese de enumerar las circunstancias que se hacían en tales reuniones para escaltar la imaginación, y..... nos espera don César.

Su entrada en el salón fué teatral. Todas las miradas se fijaron en él: las de los hombres, con admiración y envidia; las de las bellas, pidiendo una ojeada. Pero nuestro héroe era indiferente á todo, y con su acostumbrada é interesante melancolía se sentó en un rincón, despues de haber respondido con laconismo, aunque con amabilidad, á algunos osados que se atrevieron á dirigir la palabra al príncipe de la moda.

Entretanto empezaron los cuchicheos.

—Qué elegante! Ah! no te pareces á él, dijo una jóven de ojos negros á su hasta entonces amado, que se hallaba junto á ella.

—Ese es un insulto, señorita, replicó el amante, y me dará V. satisfacción de él.... regalándome esa flor que tiene V. en el pecho, abatida por la humillante comparacion que podría hacerse entre ella y V., añadió riéndose, aunque le dirigió una rencorosa ojeada á Leon.

—Qué serio es el señor mío! exclamaba una, que fué jóven en el reinado de Carlos 4.º, picada porque no habia parado la atencion en ella.

—Me parece que le he visto en otra parte.... y no recuerdo donde, decia allí inmediato un hispano-galo; esto es, un paisano nuestro, recién venido de Francia, que afectaba algunas veces haber olvidado el español, lo que, segun muchos, daba infinita gracia á su pronunciacion.

—Es un grande, replicó uno, á lo menos así lo cuentan.

—Dejadle que recuerde quien es, añadió el jóven humillado por su dama, que deseaba encontrar una ocasion para rebajar algun tanto á don César.

—Ah! ¡ya sé! exclamó el afrancesado. Es hombre de historia. En Madrid se llamaba don Juan Lopez Chinchilla, y era capitán; aquí parece que es un príncipe disfrazado.... Ja! ja! ja!.... Pues, amigos, ese, á quien tanto venerais, no es en todas partes mas que un caballero de industria, y bien poco favorecido de la fortuna. En Madrid le molieron á palos, en Sevilla le hirieron, y siempre le quitan lo que él antes *escamotea*: así es que nunca medra.

Al instante se estendió la noticia de la *profesion* de Dandy, y aunque algunos no lo creyeron, la mayor parte no lo dudaron, porque necesitaban hacerlo así para saciar su anterior envidia. Esto sucede en lo jeneral.

Qué humillacion para don César! Empezaron las palabras equívocas, las sonrisas irónicas, y el jóven de la flor llegó hasta el extremo de insultarle, consiguiendo que le desafiara.

Pero como desafiado, tenia derecho á elegir armas, sitio ecclética, y por una estraña casualidad quiso, por si, ya escarmentado en Sevilla su contrario, iba ahora prevenido, que el duelo se efectuase en mangas de camisa, á pecho descubierto y en el acto.

Qué apuro! No le daba cuidado á Leon batirse con un mequetrefe, aunque no era muy valiente; ¡pero en mangas de camisa!!!.....

D. César desapareció, y no se ha vuelto á saber de él.

EL POBRE DIABLO.

Á LAS UÑAS D' UN ENDUSTRIOSO.

SONETO.

Son tuj uñas, quiero *quíribó*,
mas largas que consensia é mercaé,

maj afilás qu'er sable é san Migué,
 maj agúas que las penas del amó.
 Abío borsiyo, ropero, ni reló,
 ni capa que se libre é su poé?
 Y si jugaj ar solo ú ar cané,
 ¿quien s'escapa d'eyas, di, chavó?
 ¡Felis er que posea ese tesoro!
 ¡Y an dices qu'eres probe, chinorri!
 ¿Pus no ganas con ellas tó el oro
 que gastas con amigos y gachí?
 ¿Entonces que mas quiés? ¿Refunfuñas?
 ¡Cuantoj ombres quisiéan tené tuj uñas!

EL TIO CREPÚSCULO.

EPÍGRAMA.

Por las costas de un proceso
 á un procurador reñia
 un escribano, y decía:
 «¡Só ladron! ¿á mi con eso?
 ¿rebarme? ¿hebasco serial!?»

Al oír la algarabía
 un empleado de hacienda,
 que pasaba por allí,
 se acercó y les dijo: «aquí,
 entre hermanos, no hay contienda.»

SIMEONCITO BACIANAGA.

CRÓNICA TEATRAL.

Mucha animacion ofreció el teatro en la quincena anterior; pero en la presente han escaseado las novedades, porque solo pueden llamarse tales los dos conciertos de violin dados por el niño catalán don Andrés Fortuny, de edad de ocho años, y la representacion de **El rey y el aventurero**, drama en 4 actos, traducido del francés por don Isidoro Jil, y no orijinal del mismo, como le anunció la empresa.

El niño Fortuny es un asombro, un portentoso: es necesario verle para creer lo que hace. Imposible parece que en tan corta edad se pueda ejecutar con la perfeccion y maestria que él emplea en un instrumento, de suyo tan difícil como el violin. El duo de la **Norma** nos deleitó, nos hechizó... ¡qué dulzura! ¡qué brillantez! ¡qué espresion en el canto! ¡qué afinacion! ¡qué seguridad en la mano del arco! Dirémos de paso que el señor Borrego que, como director de la orquesta, le hizo el duo, nos dejó bastante complacidos. Pero en lo que, sobre todo, llamó mas nuestra atencion, fué en las variaciones sobre un tema del maestro Carafa, en cuyo primer *adagio* dió tal espresion, tal sentido á las notas, que nos estasió: aquel modo de espresar ni se enseña, ni se puede aprender, es solamente dictado por el jenio músico con que plugo á la Providencia dotar al asombroso niño.—Nos parece escusado manifestar que produjo profundo efecto en los espectadores y que las muchas y entusiastas salvas de aplausos con que fué saludado debieron probárselo así.—Aprovechamos esta ocasion para aconsejar al señor Fortuny padre que no permita á su hijo ese baile, esas cabriolas, que convierten en saltimbanquis al que ahora es ya una notabilidad, y que llegará á ser un artista eminente, un Paganini español.

El rey y el aventurero es un dramon tan largo como malo. Sin embargo, tiene en el acto cuarto dos escenas de algun efecto, y merced á ellas recibió á su conclusion algunas palmadas de la escasa concurrencia. La ejecucion fué.... como el drama.

C.

Málaga: Imp. del editor, D. Antonio Benigno Cabrera, calle de Granada, n.º 74.

EL RUBÍ.

PERIÓDICO TRISTE-ALEGRE,

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

Este periódico se publica los días 15 y 30 de cada mes.
La redacción se halla establecida en la COMISION JENRAL DE LIBRERIA, calle de Granada, número 74.

PRECIOS DE SUSCRIPCION. En esta ciudad, **tres reales al mes**; pero no se admiten suscripciones por menos de un trimestre. En las demás poblaciones, **doce reales por tres meses**, franco el porte.

No será atendida ninguna reclamacion que no se haga en carta franqueada.

EL LIBRO DE ORO DE VENECIA.

(SEGUNDO ARTÍCULO.)



A dimos en nuestro número anterior algunos detalles respectivos á las principales casas nobles colocadas en la primera de las cuatro clases de que se compone la

nobleza de Venecia, y vamos ahora á ocuparnos de las otras tres.

La segunda clase comprende las familias que empezaron á ser inscritas en el *libro de oro* cuando P. Gradenigho refundió la aristocracia. Esta nobleza es muy numerosa, y entre ella figuran los *Balfi*, los *Balbi*, los *Barbi*, cuyo apellido era el del papa Paulo II; los *Barbari*, etc.

Tambien se encuentran en esta clase los *Corrari*, los

Donati, los *Erizzi*, los *Foscari*, familia á la cual pertenecía el dux, cuyo infortunio ha sido cantado por Byron; los *Foscarini*, los *Loredani*, la casa de *Mocenigo*, una de las mas ilustres de la república, y la cual cuenta de su apellido siete príncipes de San Marcos; los *Rossi*, en algun tiempo soberanos de Parma; los *Valieri*, los *Venieri*, etc.

La tercera clase se compone de las familias que en la época de las guerras de Venecia contra los turcos y en las que sostuvo contra los jenoveses compraron la nobleza suministrando sumas considerables para atender á los gastos de los armamentos ó para sacar al Estado de sus apuros rentísticos. La mayor parte de estas casas deben su origen á mercaderes y artesanos de Venecia, ó á nobles de Pádua y de otras ciudades de Italia.

En una crónica manuscrita del tiempo de la guerra de Génova, que contiene la lista de los que fueron creados nobles en aquella ocasion, se prueba que las dos terceras partes de las casas venecianas que hoy pretenden descender de reyes ó de los tiempos fabulosos traen su origen de individuos pertenecientes al último grado de la clase media, y aun del pueblo. Marcos Cicogna, boticario (un Cicogna, elegido dux en 1585, hizo construir el puente de Rialto); *Nani* de San Mauricio, vendedor de queso; Pedro *Pencina*, sastro; Rafael *Barisan*, vendedor de pescado; Juan *Negro*, mercero; Antonio *Darduin*, tabernero; *Garzoni*, mercero, etc. etc. Casi todas estas familias se han hecho célebres y se colocaron en el patriciado, así como los *Condolmieri*, que descenden de un mercader y que pueden jactarse de que uno de este apellido, Eujenio IV, ocupó la silla de san Pedro.

Estos tres órdenes formaban la nobleza súbdita de la república, pues la cuarta clase se componia de miembros extranjeros. Entre las tres categorias de *patricias* y el pueblo de Venecia ecsistia una clase *intermedia*, que eran los *ciudadanos*, los cuales se dividian en ciu-

dadanos de nacimiento, descendientes de las familias que tenían el derecho de elegir al dux en 1297, y *ciudadanos de segundo orden*, que obtenían este título por su mérito ó por que le compraban con dinero. Todos los que eran *caballeros* fuera de Venecia, aunque residiesen en cualquiera de los dominios de la república, llevaban el nombre de *nobles de tierra firme*, salvo algunos, que pertenecían á familias agregadas á la tercera clase.

Los extranjeros que, como ya hemos manifestado, componían el cuarto orden, se subdividían en dos clases: aquellos á quienes la república había concedido el título de nobles venecianos como prueba de la consideración que les merecían por sus virtudes ó por su poder, y los que habían obtenido este honor por servicios prestados á San Marcos, ya como jenerales de sus ejércitos ó almirantes de sus escuadras, ó ya como embajadores suyos en las cortes extranjeras.

La casa de *Borbon* pertenecía á la primera clase. Mucho dudamos que Enrique III de Francia haya sido inscrito en el *libro de oro*, á pesar de que algunos lo han afirmado; pero creemos que solo á Enrique 4.^o le fué concedido este favor, el cual le solicitó para sí y sus descendientes, á fin de demostrar ostensiblemente lo obligado que estaba á Venecia por haber sido la primera nación que le reconoció como rey lejítimo. De cualquier modo que sea, la familia de los Borbones permaneció inscrita hasta el año de 1796, época en que el Senado, estrechado por el Directorio, intimó á Luis XVIII, á quien precedentemente había concedido la protección de su territorio, que saliese de los estados venecianos. Este príncipe, antes de conformarse con el mandato, reclamó la armadura que Enrique de Navarra había regalado á la república, y haciendo que se le abriese el *libro de oro*, borró de él por su propia mano el nombre y las armas de los Borbones. Las otras casas de este orden que han sido inscritas, son: la de *Saboya*, en la persona de Amadeo V, que en 1314 hizo le-

vanfar á los turcos el sitio de Rodas; la de *Lorena* en 1480, por Renato, nieto del duque de Anjou; los *Lusignan*, casa real de Chipre; los *Lujemburgos*, condes de San Pol, y los *Brunswick*; y además las siguientes, que son todas familias papales: los *Cibo-Malaspina*, los *Della Rovere*, los *Medicis*, los *Farnesios*, los *Dei Monti*, los *Borromeos*, los *Aldobrandini*, los *Borgheses*, los *Chigi*, los *Rospigliosi* y los *Odescalchi*, etc., todos sobrinos ó parientes de papas que reinaban en la época de su agregacion.

Entre los nobles extranjeros por mérito se hallan los condes bresanos *Acogadri*, los *Savorgnans*, que pusieron al Triul bajo la dominacion de Venecia; los *Benzoni*, ducados de todas las mas principales y poderosas casas de Italia; los *Bentirogli*, los *Colonnas*, célebres príncipes romanos; los *d'Este*, duques de Modena; los *Gonzagas*, los *Malatestas*, los *Orsini*, príncipes romanos; los *Sforzas*, duques de Milan; los *Joyeuses*, en la persona del duque de este nombre, cuñado de la esposa de Enrique III, los *Richelieu*, por el cardinal-duque, que hizo que el embajador de Francia en Venecia le alcanzase este honor; el cardinal *Mazarino*, á quien la república se lo otorgó en la época de su desgracia, etc., etc.

Estos apuntes, aunque incompletos sin duda alguna, presentan no obstante una lista de apellidos históricos, que basta para justificar la celebridad y la preponderancia del *libro de oro de Venecia* sobre los de las demás repúblicas italianas de la misma época. Sin embargo, Génova, eterna rival de san Marcos en poder y en magnificencia, había inscrito en las páginas del suyo nombres que á ningunos ceden por lo ilustres, como son: los *Dorias*, los *Fregosas*, los *Adornos*, los *Fiescos*, los *Spínolas*, etc. Varios extranjeros célebres pertenecían á la nobleza jenovesa, y en 1748 el mariscal duque de Richelieu y sus descendientes fueron declarados por el senado nobles de Génova, en recompensa á los servicios que aquel prestó á la república contra los austriacos. En 1797, cuando

Bonaparte destruyó el antiguo gobierno de Jénova, fué quemado su libro de oro. También existían registros donde se empadronaban los patricios en Florencia, Luca, Milan etc.; y la historia de la familia de los Bonapartes nos dice que esta casa se hallaba inscrita entre los nobles florentinos y en el libro de oro de Bolonia. C.



A.....

AMOR.



¿Qué nos importa á nosotros
de este mundo valadi
las mentidas ilusiones,
la pompa vana y pueril?
Amor! el amor tan solo
embellece el existir....

Amémonos, niña bella,
amémonos siempre, sí;
por que solo el amor brinda
un risueño porvenir....
¿Nó oyes allá en la espesura
del pintado colorín
las amorosas cadencias,
que roba el viento sutil?
En la callada mañana
prorrumpo en suspiros mil,
que la brisa, agradecida,
lleva en sus alas gentil.
Pues bien, de amor son las quejas
de la avecilla infeliz.

¿No has visto el manso arroyuelo,
que en el risueño pensil
se desliza murmurando
cabe el frondoso jazmín,
lamiendo traidoramente
su descarnada raíz?

Pues bien, el manso arroyuelo
con ardiente frenesí
ama de la bella flor
el nacarado matiz;
y la flor, agradecida,
hacia él dobla la cerviz,
regalándole el aroma
sus pétalos al abrir.

¿No has visto ese sol ardiente,
que desde el alto zenit
derrama copiosa lluvia
de diamantes y rubís
sobre las ondas rizadas
de ese píelago sin fin,
dibujando, caprichoso,
en su tenue espejo mil
veredas de limpio oro
con zonas de carmesí?
Pues ese sol ama al mar
con el mismo ardor febril
que el árabe del desierto
adora á la bella huri;
y la mar, agradecida,
ecsbata bruma sutil,
que perdiéndose en la atmósfera,
torna á descender por fin
deshecha en hebras de plata,

mas bruñida que el marfil.

¿Y no has visto, niña hermosa,
en las mañanas de abril
de la arrebolada aurora
los celajes de zafir,
que al rojo balcon de Oriente
sirven de bello tapiz,
y las perlas con que riega
el esmaltado jardin,
que mas que perlas semejan
al llanto de un serafin?

¿No es verdad, querida mia,
que de uno al otro confin
la naturaleza toda
amores respira, di?

Todo, es amor niña, todo:
el canto del colorin,
la frescura del arroyo,
de las flores al matiz,
la leve bruma del mar,
del sol los rojos rubis,
los celajes de la aurora
y las perlas del pensil.

Todo es amor, niña, todo,
del uno al otro confin.....
Y pues que amor es la vida,
y la vida es existir,
amémonos, niña bella,
amémonos siempre, sí,
soñando yo en tu hermosura,
tu siempre pensando en mí.

EL TIO CREPÚSCULO.

EL RAMILLETE DE AZAHAR.

Tengo yo una tia condesa, mujer de talento, amable é indulgente, por lo que, á pesar de que ya dejó atrás los cincuenta hace algunos años, me agrada su sociedad y paso en su casa una ó dos horas todas las noches. Le gustan las flores con delirio, y por esta razon suelo algunas veces llevarle ramilletes de las mas preciosas que puedo adquirir.

Hará unos dos años que la encontré una noche jugando al tresillo con un antiguo amigo suyo y un caballero anciano, á quien aquel acababa de presentarle. Este anciano, á quien conocia yo del café, hacia un año que habia venido á esta ciudad á tomar posesion de los bienes que acababa de heredar del marqués de Campo-Largo, pariente suyo lejano, que murió sin dejar hijos, por cuya razon heredó tambien el título.

Saludé en silencio, para no interrumpir el juego, y luego que este concluyó, le ofrecí á mi tia un ramo de azahar que le llevaba.

—Gracias, sobrino, gracias, me dijo. Qué hermoso ramo! ¡qué grato perfume echala! Oh! te agradezco mucho tu regalo.

El marqués se quedó pensativo luego que vió las flores, y yo le miraba con admiracion, sin poder acertar porque mi ramo habia producido en él aquel efecto; pero mi tia empezó á poco á hablar de otra cosa, y yo juzgué haberme engañado.

—¿Creerán Vds. que ese ramo me ha recordado los años de mi juventud? nos preguntó el marqués, pasados algunos minutos. Me ha traído á la memoria á una mujer que amé mucho, y que hoy dia, si vive, tendrá ya cerca de sesenta años. Quiero con-

tar á Vds. esta historia, que ha influido mucho en mi vida, y cuyo recuerdo, aun en la actualidad, cuando ya mi sangre no conserva mas calor que el que puramente necesito para vivir y jugar el tresillo, me conmueve todavia de un modo extraordinario.

Dijínosle al marqués que tendríamos el mayor placer en escucharle, y él empezó de esta manera:

—Veinte años tenia yo, y de esto habrá poco mas de cuarenta, cuando sali del colegio francés en que me eduqué y regresé á Madrid, donde me reuní con mi padre. Este, despues de haber pesado maduramente, consultándome y sin consultarme, la carrera que yo debia seguir, me anunció una mañana que habia conseguido del ministro de la Guerra le firmase mi despacho de teniente en el regimiento de dragones del rey, que á lasazon se hallaba de guarnicion en Zaragoza, y que, por consiguiente, me dispusiese á partir dentro de tres dias.

Disgustóme y no poco la noticia, por varias razones; primero, porque la carrera militar no era de mi agrado; pero esto poco importaba, puesto que un brillante uniforme, algunas frases ambiciosas y un poco de música me hubieran fácilmente convertido en un Aquiles ó en un César. Mas estaba enamorado; y por nada de este mundo me hubiera atrevido á manifestárselo á mi padre, porque su única respuesta á esta confianza hubiera sido mandarme salir de Madrid aquel mismo dia.

Sin embargo, tenia yo un tio, y un tio como hay pocos en el mundo. Era un hombre que tendria entonces la edad que yo tengo en el dia; pero amaba á los jóvenes y sabia comprenderles. Tanta bondad encerraba su corazon, que solo se creia feliz cuando veia dichosos á los que le rodeaban, y era confidente y protector de todos los amorios.

Fui á buscarle, y le dije:

—Tio, soy muy desgraciado.

—Apuesto mil reales á que no es verdad, me contestó.

—Ah, tio! perderia V., perderia V. seguramente.

—Si pierdo, pagaré, lo que sin duda alguna te serviria de consuelo.

—No, tio, no: lo que yo necesito no es dinero.

—Pues qué es?

—Mi padre acaba de anunciarme que soy teniente de dragones del rey.

—Y á eso le llamas desgracia? ¿vestir un uniforme tan honorífico y servir en un cuerpo tan brillante?

—Es que yo no quiero ser militar.

—Como es eso? Pues qué eres cobarde?

—No lo sé todavia, tio; pero si cualquiera otro que V. me hiciese esa pregunta.....

—Bueno, bueno, Cid Campeador.... Pero dime porque no quieres ser militar.

—Porque deseo casarme.

—Ta! ta! ta! ta!

—No hay ta, ta, que valga, tío. Estoy enamorado.

—Y es esa la desgracia, ingrato? También yo quisiera estarlo.... Vamos, ¿y cuál es la bella qué ha inflamado tu corazón?

—Ah, tío! es un ángel.

—Ya sé yo que á tu edad todas las que amamos son ángeles; pero mas adelante preferirás á las mujeres. Mas, en fin, ¿á qué nombre humano responde ese ángel?

—Se llama Luisa.

—No es eso lo que yo pregunto. Luisa es un bonito nombre sin duda alguna; pero nada me dice, puesto que lo que yo necesito saber es á que familia pertenece.

—Pues bien, tío, se llama Luisa Sandoval.

—Ola! pues me gusta mucho tu ángel. Es una morena con un par de ojos negros, que no extraño te hayan vuelto la chaveta.

—Pues si la hubiese V. tratado, tío!.... ¿si supiese V. que alma tiene tan hermosa!....

—La he tratado, señorito, la he tratado. Y vamos á ver: ¿te corresponde ella?

—Tío, no lo sé.

—Como! ¿no lo sabes, sobrino indigno de mí? ¿Con qué te has llas todo el día metido en la casa, y no sabes si eres amado?

—Oh! es que ella tampoco sabe que yo la amo, tío.

—Te engañas en eso, sobrino: estoy seguro de que lo sabia un cuarto de hora antes que tu mismo.

—Sea lo que quiera, lo cierto es que voy á matarme sinó consigo casarme con ella.

—Pues me atreveria á apostar ciento contra uno á que tu padre no lo consiente, porque mi hermano es mucho mas rico que el padre de Luisita.

—Bien: en ese caso ya sé lo que me queda que hacer.

—Dejémosos de necedades, y escúchame.

—Le escucho á V., tío.

—En primer lugar, no puedes casarte á los veinte años.

—Y porqué, tío?

—Porque yo no quiero, y sin mi intercesion no se hará ese matrimonio.

—Oh, querido tío!...

—Si la muchacha te ama, si te promete esperar tres años....

—Tres años, tío?

—No repliques, á aumento uno mas. Si te promete esperarte tres años, irás al regimiento.

—Ah!

—Pero no á Zaragoza, puesto que yo conseguiré que sirvas en uno de los que se encuentran de guarnición en Madrid.

—Gracias, tío, mil gracias. Pero como he de saber si me ama?

—Qué cómo has de saberlo? Voto va!... Pregúntaselo.

—Jamás me atreveré.

—Pues entonces obedece á tu padre, y lárgate.

—Pero, tío, Vd. no sabe hasta que punto me intimida Luisa: cien veces he querido manifestarle que la amaba, cien veces me he echado en cara mi timidez, cien discursos he aprendido de memoria, cien cartas he tenido escritas; pero siempre, en el momento de hablar, se me han atravesado las palabras en la garganta y no he podido pronunciarlas, ó al ir á entregar las cartas se me ha figurado que solo contenían necedades, y las he hecho mil pedazos.

—Pues es preciso que te decidas, hijo mío, porque tu padre no te lo ha dicho todo. Si quiere que vayas á Zaragoza es porque el coronel del regimiento de dragones, grande amigo suyo y hombre casi millonario, tiene una hija, y esta hija la guardan para ti.... No me interrumpas, pues ya sé que el que ama nunca encuentra obstáculos para unirse al objeto de su amor. Pero, en fin, lo primero de todo es saber si te corresponde, y ahora justamente se presenta una ocasión, que no puede ser mas propicia. Has de saber, sobrino mío, que tratan de casar á Luisa.... ¿Qué es eso? ¿te pones pálido? ¿quisieras correr á atravesar con una espada el pecho de tu rival? Mejor fuera que guardases un poco de ese valor para declarar tu pasión á la que amas.... Si, quieren casarla, y si tu eres mas rico que ella, el que tratan de darle por esposo es un título de Castilla y mas rico que tu, y además para los padres tiene la ventaja de que está pronto á casarse en el momento, y tu no puedes hacerlo hasta dentro de algun tiempo. Pero, en fin, corre á ver á Luisa; dile que la amas, lo cual ya ella lo sabe; pero no importa, díselo, y añade (porque estoy seguro ¡voto va al demonio! de que te quiere, puesto que eres joven, buen mozo y muchacho de talento) que si gusta esperarte tres años, que me lo escriba á mí en una carta, que conservaré. En este caso te ofrezco romper tu matrimonio con la hija del coronel, hacerte entrar á servir en otro regimiento, y al cabo del tiempo designado, á pesar de tu padre, á pesar del diablo, á pesar de todo el mundo, casarte con la que amas.

Dejé á mi tío, y corrí á mi casa á coordinar una carta de declaración, lo cual no era lo mas difícil para mí, puesto que ya habia escrito cincuenta por lo menos; pero el darla es lo que me apuraba. Sin embargo, como no tenia tiempo que perder, resolvíme con presteza: compré un ramillete de azahar, y en él encerré el billete.

Acuérdome todavía, á pesar de los muchos años que han transcurrido, que le suplicaba, despues de declararle mi amor, que correspondiese á él y se dignase esperarme tres años, rogándole además que si condescendia con mi ardiente ruego llevase aquella noche en el pecho algunas de las flores del ramillete que le enviaba, pues de ese modo, añadía, me atrevería á hablarle y le manifestaría lo que era necesario hiciese para asegurar mi felicidad, ya que no me atrevia á decir nuestra felicidad.

—Ah! ¿con qué encerró V. la carta en el ramillete? le preguntó mi tia al marqués.

—Sí, señora.

—Y qué hizo V. despues?

—Como aquella noche no tenía Luisa ninguna flor de azahar en el pecho, segun le suplicaba, quise matarme; pero mi tio me llevó consigo á Zaragoza á pesar mio, permanecié allí dos meses, me hizo reunirme con mis compañeros, concurrir á bailes, tertulias y teatros, y cuando me vió ya en algun tanto tranquilo, me demostró que Luisa jamás me había amado.

—Pero, tio, le decia yo, si demostraba tanta alegría cuando me veia entrar en su casa; si me reconvenia cuando llegaba tarde....

—Eso consiste, replicaba él, en que á las mujeres les agrada que todos las amen; pero no por esto aman ellas á todos.

En fin, acabé por olvidar casi á mi ingrata, y pasado algun tiempo me casé con la hija del coronel, á la que perdí despues de ocho años de matrimonio, dejándome solo en el mundo, puesto que mi padre y mi tio habían muerto mucho tiempo antes. ¿Pero querrán Vds. creer que aun pienso en Luisa casi todos los dias y, lo que es mas, que se me figura ha de ser todavía una jóven de diez y siete años, de cabellos negros y ojos de fuego, como lo era entonces, cuando ya no puede ser sinó una vieja arrugada?

—Y no sabe V. lo que ha sido de ella? le volvió á preguntar mi tia.

—No, respondió el marqués.

—Su apellido de Vd. no es Garrido?

—Sí, señora, me llamo Eduardo Garrido.

—Es verdad, Eduardo.

—Cómo que es verdad?

—Quiere V. que yo le diga lo que ha sido de Luisa?

—De Luisa?

—Sí. Debe V. saber que le amaba.

—Pues por qué no hizo lo que yo le rogaba en la carta?

—Porque no la vió, porque no deshizo el ramillete. La repentina marcha de V. le hizo llorar mucho, y al fin se casó con el conde de Buendia.

—Con el conde de Buendia?

—Sí. Ese era el título de Castilla que le dijo á V. su tio pre-

tendia su mano, y cuya viuda soy yo.

—Cómo! V.! ¿V. es Luisita Sandoval?

—Ay! sí, señor; como V. es ó, por mejor decir, como V. era Eduardo Garrido... Mi esposo, que tenía algunas posesiones en Málaga, hallándose quebrantado de salud, vino á ella á restablecerse por consejo de los médicos: nos establecimos aquí, y aquí continuo yo.

—Dios mío! ¡Quién habría dicho entonces que había de llegar un día en que no nos conociéramos!

—Sí, es cierto, y en que solo habíamos de reunirnos para jugar al tresillo.

—Pero el ramillete?....

—El ramillete le he conservado siempre; y va V. á verle.

Así diciendo, tomó mi tía de un armario una caja de ébano, la abrió con mano trémula y sacó de ella un ramillete de flores secas.

—Deshágale V., deshágale V., gritó el marqués.

Obedeció ella, y encontró efectivamente la carta, que estaba allí hacia cuarenta y dos años.

Ambos guardaron silencio, y yo y el otro caballero quisimos salir; pero mi tía le tomó la mano á Campo-Largo, y le dijo:

—Es necesario que este acceso de juventud de nuestros corazones quede olvidado: no hagamos que aparezca ridículo un sentimiento noble, que tal vez nos proporcionará la felicidad para el resto de nuestra vida. Le suplico á V. que no vuelva á verme hasta dentro de algunos días.

Desde entonces el anciano marqués y la anciana condesa se ven diariamente: existe entre ellos un sentimiento que á nada se parece, que es seguramente único en su especie. Recuerdan los días de su juventud, tienen mil cosas que contarle, se aman retroactivamente y quisieran estar casados; pero no se atreven á hacerlo.

T. D. C.

EL MAYORAL.

Mi coche tié cuatro rucas,
cá una con ocho rayos,
dos ventanas, seiñ asientos,
un pescante y dos cabayos.

¡Puliaria!....

¡Carbonera!....

¡Sá, Platera!

¡pas' ayá!

¡Juye! ¡arsa!

¡toma tierra!....

¡Arsa, perra!....

¡Tras! ¡tris!—Raaa....

¡Je! ¡mosa! ¡mosa!... Á mi coche. Entr' osté, carita é rosa,

Seiñ asientos, prenda mia,
dos ventanas, dos cabayos,
y un mayorá jasta er día.

¡Puliaria!....

¡Sá, puñales!....

Los cristalej

ech' osté,

porqu' el aire

sale y entra

cuando encuentra

donde.—Reee...!

qu' está mi coche abrigao,
y lo tengo desauamao
pa qu' osté duerma, presiosa.

No aya mico,
que delante,
ar pescante,
canto yo.
¡Jui! ¡qué jembra!
—¡Arsa, perra!
toma tierra.....
y s' acabó.

Con mi probe marseyé
y er latiguiyo en la mano
ar mesmo viento le gano,
si á osté le priba corré.

—
Mu barato
que le yebo.....
No m'atrevo.....
Poco..... ná.....
Cinco..... cuatro.....

medio..... meno.....
—¿Eso? ¡Gueno!
jecho está.

—
Yebo en mi coche ¡churrú!
lo que no se vió en la istoria;
yebo enapelá la gloria,
pá benderla en el Perú;
yebo una jembra ¡Jesú!
qu'es murrunga su mirá;
yebo en mi coche tapá
la chiquilla é mis amores;
yebo un jardín yeno é flores,
prenda d'este mayorá.

¡Pulíaria!.....
¡Carbonera!.....
¡Sá, platera!
¡pas'ayá!
—¡Juy! ¡que jembra!
—¡Toma tierra!
¡Arsa, perra!
¡Tras! ¡tris! Raaa... .

— JOSÉ SANCHEZ ALBARRAN.

EPÍGRAMA.

¿Sedujo á Juana, Ramon?
—No; se quedó en tentacion.

EL POBRE DIABLO.

CRÓNICA TEATRAL.

Solo se han abierto las puertas del teatro en lo que va trascurrido de la currensmá para que el público oiga el concierto vocal de los montañeses de Bñeras, que tuvo lugar en la noche del 26 del mes anterior, y que por cierto nos sorprendió, pues jamás habíamos oido coros tan perfectos. La precision con que entonaron algunos de los cantos de su pais es admirable, y lo son aun mas las armonias que forman, atendido á que el número de cantantes no pasa de seis. El acorde del principio del primer coro es sorprendente, por la seguridad con que le entonaron: aquella firmeza en el *crescendo* y en el *piano* ni siquiera presumiamos que pudiese existir, pues casi se debe calificar de milagrosa. Toda la música que cantaron es de grande diuizura y respira filosofía.

A pesar de esto los montañeses no gustaron, ni pudieron gustar; porque para ello fuera preciso que todos los espectadores hubiesen sido profesores de música. Su lugar no está en el palco escénico de un teatro, sino en el coro de una iglesia, porque las notas que entonan y el modo con que las hacen vibrar no son para dirigidas á los hombres, sino á Dios.

C.

Málaga: Imp. del editor, D. Antonio Benigno Cabrera, calle de Granada, n.º 74.